

—Si, la tía Averief.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era un secreto.

—¿Ha creído que la niña era tuya?

—Mi palabra bastó para convencerla de lo contrario.

—¿Estais en buenas relaciones?

—La quiero como á una madre.

—¿Crees que acojerá bien á mi hija?

—No sé, contestó Miguel después de un momento de reflexionar; en otro tiempo te hubiera dicho desde luego que no; pero ahora conozco mejor á la tía y veo que ha cambiado mucho en su modo de pensar. Sin embargo, no sé lo que hará en estas circunstancias.

—Iré á verla y le suplicaré. Es un ángel severo pero un ángel al fin del género de esos que guardan la puerta del Paraíso, verdad?

Y se puso á reir tan de buena gana que Miguel no pudo tampoco contener la risa.

—Me voy, hasta mañana, dijo Pablo levantándose de repente.

—¡Tan pronto! ¡Si todavía no son las nueve y media!

—Tengo que acostar á mi hija, respondió Pablo sonriendo; no se dormiría si no fuera yo quien la pusiera en la cama. ¡Oh! la cuido muy bien, ya lo verás! pero créeme, chico, que se lo merecel

Pablo salió contento. La paternidad lo había rejuvenecido.

Miguel que se había colocado otra vez en el escritorio para seguir repasando las cuentas del regimiento, se quedó un momento pensativo, mirando el espacio. Una alegría amarga, pero intensa, fué invadiendo su ser.

—Mi sacrificio no ha sido inútil—se dijo—he perdido á Marta, pero he salvado á mi hermano. Estoy contento.

Y daba gracias á la suerte, sin poder contener las lágrimas que el recuerdo de sus torturas hacía brotar en sus ojos.

—Es extraordinario lo que cansan la vista los números, decía, atribuyendo á éstos la causa de sus lágrimas. Por hoy, ya hay bastante.

Aquella noche durmió profundamente.

XX

Una mañana en que se encontraba en el despacho el señor Milaguine, abrazado á Nastia, y apoyada la frente en los cristales de la ventana, contemplando como llovía, vió aproximarse un lujoso carruaje arrastrado por un magnífico tronco de caballos. Alargó el cuello y... ¡oh sorpresa! el lacayo de la señora Averief, colocado en pie detrás del coche, había levantado la cabeza, lo había visto y saludado y bajaba para abrir la portezuela.

—¡Esto no es posible! se dijo el señor Malaguine pensando volverse loco. Prascovia Petrovna que no sale nunca de casa!...

—La señora Averief pregunta si puede ser recibida, dijo un criado abriendo la puerta.

—¡Ya lo creo! gritó Paulina! ¡Nastia!...

A Nastia parecía que se la había tragado la tierra.

El señor Milaguine hubiera querido poner á toda su familia y servidumbre en hilera para recibir á tan encopetada dama, pero pensó que era mejor salir él mismo á recibirla y se precipitó

por la escalera, encarnado y sin aliento, en el momento en que la señora Averief, conducida en una silla de tijera por dos criados, llegaba al último escalón.

—¿A qué dichosa casualidad debo el honor... balbuceó el señor Milaguine, después de haberse sentado ambos en el salón.

—No es ninguna casualidad, amigo don Pablo, respondió la señora Averief alzando ligeramente los hombros; si usted supiera! Con seguridad que va usted á pensar que estoy loca; pues bien, yo doy á usted mi palabra de honor, que desde ayer estoy pensando en lo mismo. ¿Donde está Nastia?

—¿No sé. Estaba conmigo cuando llegó usted en carruaje; pero ha desaparecido. Tal vez se estará arreglando un poco...

—Esté usted tranquilo; no la volverá usted á ver mientras no la llame yo.

—Cree V. —dijo indeciso el señor Milaguine.

El buen señor no comprendía una palabra de lo que estaba sucediendo.

—¿A qué preámbulos? voivió á decir la señora Averief; vamos al grano. Vengo, en nombre de mi nieto Sergio, á pedirlos la mano de vuestra hija Anastasia.

El señor Milaguine, á pesar de su corpulencia, dió un salto en la butaca que la hizo crujir.

—Si, sí, repitió la señora Averief, inclinando la cabeza en señal de afirmación; ni yo estoy loca ni usted ha dejado de entender lo que he dicho. Sergio pide á usted la mano de Anastasia.

—Vamos á ver, dijo el señor Milaguine aturdido; si ni usted ni yo somos locos, ¿quién es el loco? ¿Sergio?

—Eso ya es otra cosa y os lo concedo. Pero parece que lo ha tomado en serio.

—¿En serio! ¿Qué edad tiene?

—Diez y nueve años y cuatro meses.

El señor Milaguine se puso á reir de tal modo que la señora Averief perdió su gravedad. Cuando concluyeron, dijo el señor Milaguine.

—Se burla de nosotros; es necesario darle unos azotes y enviarlos con los ayos.

—Ya ha terminado sus estudios! respondió la señora Averief que estaba predispuesta al buen humor. Es formal, os repito. ¿Qué edad tiene Nastia?

—No lo sé... catorce años... no, quince cumplidos... no me acuerdo. Espere, ahora se lo diré.

—No vale la pena de que se moleste, interrumpió la señora Averief. Nastia cumplirá diez y seis años la semana próxima. Saque usted la cuenta.

—Es verdad, dijo el señor Milaguine después de un pequeño cálculo; ¿ómo lo sabe usted?

—Sergio me lo ha dicho. Inútil es manifestaros que ellos están de acuerdo.

—¿De acuerdo?... ¡Oh! ¡infames! ¡Nastia!

Y furioso se dirigió hacia la puerta del salón. La señora Averief lo llamó.

—Escuche don Pablo, esos niños se quieren y la culpa no es suya. Como ve usted, he venido yo misma—y la señora Averief recalcó estas palabras—lo cual demuestra que no desapruébo el proyecto. Son muy jóvenes, es verdad, pero el casamiento es una lotería tan singular! Aquellos que parece han de reunir todas las condiciones precisas para ser felices, muchas veces no lo son. En fin, qué le hemos de hacer; y puesto que se aman, casémosles antes de que nos muramos para poder velar por ellos y enseñarles á vivir.

—De este modo ya no habrá niños! exclamó el señor Milaguine. Dentro de poco se casará la gente al dejar el pecho de la nodriza. Nastia va todavía vestida de corto y usted pretende... Vamos, eso es un absurdo.

—Si, un absurdo, todo lo que usted quiera; pero en seguida se le harán vestidos largos y los casaremos, ¿verdad? ¿cuándo?

—Es que no quiero que se case!—exclamó el señor Milaguine en el colmo de su indignación. ¡Cómo! la princesa se casó á los veinte años con un hombre de treinta, y esta mocosa quiere casarse con un niño que acaba de salir del colegio!...

El señor Milaguine había dado tres ó cuatro vueltas por el salón y sin darse cuenta sintió la necesidad de descansar, dejándose caer en una butaca. Este cambio modificó sus ideas.

—Haga usted el favor de contarme, señora, como ese boquirubio le ha anunciado su propósito. Debería ser un paso bien cómico, dijo el señor Milaguine mitad enfadado mitad riendo.

—Pues está usted equivocado, respondió la señora Averief, y precisamente, el modo de decirme lo es lo que me ha decidido á dar este paso tan absurdo en apariencia. Anoche á las diez entró Sergio en mi habitación; creyendo yo que era para darme las buenas noches, levanté la mano, como de costumbre, para bendecirlo, pero Sergio en vez de inclinarse en la forma ordinaria, se dejó caer de rodillas ante mí. Lo miré, un poco sorprendida, y noté en sus ojos un brillo especial y en su semblante una animación anormal. Creí que estaría enfermo y ya iba sobresaltándome cuando me dice de repente:—Abuelita, usted que me ha educado, usted que ha hecho conmigo las veces de madre, concédame usted la felicidad de toda mi vida dándome por esposa á la única mujer que adoro...

No puedo ocultarle, don Pablo, que esta inesperada salida me dejó estupefacta y durante un momento tuve miedo al pensar si este chiquillo había caído en las garras de alguna de esas vi-

—¡Mire la taimada! murmuró la señora Averief en el oído del padre, mientras que Nastia atravesaba el salón,—¡se ha alargado el vestido.

En efecto, el traje de la delincuente tocaba el suelo.

Se aproximó á la señora Averief y le besó la mano con aire sumiso, quedándose luego en medio del salón en espera del sermón de su padre.

—¿Cómo és, señorita, le dijo el señor Milaguine con voz áspera, que se ha permitido usted sin el consentimiento de su padre, hacer proyectos de casamiento? En vez de ocuparos en vuestros estudios, cual conviene á su edad, se entretiene usted en pensar en casarse.... en dejar la casa paterna.....

Faltóle la voz al señor Milaguine; rompió en sollozos y atrajo á su hija hacia su pecho, balbuceando.

—Quieres abandonarme, quieres que me muera solo, sin nadie, á mi vejez.

—No, papá, nó, interrumpió Nastia sollozando; nosotros no queremos que usted se muera. Usted se vendrá á vivir con nosotros; Sergio y yo hemos convenido en ello.

La señora Averief no pudo contener la risa y besando á Nastia le dijo:

—Bueno, anda, ya está todo arreglado; pero mucho cuidado con lo que se hace hasta que llegue el día de la boda, porque si nó, os meteremos á Sergio y á tí, en un rincón cada uno, dándoos la espalda para que aprendáis á vivir.

Así fué como Nastia se vistió de largo.

En seguida que se fué la señora Averief, le faltó tiempo á Nastia para ir á dar la grata noticia á su hermana. Marta experimentó una sensación de tristeza al considerar que su hermana, casi su hija, le había tenido oculto ese afecto, sin darle

noticias de sus esperanzas ó de sus decepciones, y sin enfadarse, pero con acento de profunda pena, recriminó á Nastia por su falta de franqueza.

—Escucha, Marta, le contestó esta. Tu tienes la culpa de ello. Te acuerdas de aquel día en que te dije que yo hubiera preferido por cuñado á Miguel Averief mejor que al príncipe?

—Sí, contestó Marta volviendo la cabeza.

—Tú me preguntaste el porqué, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo.

—Y yo te dije: porque es un Averief, á lo cual no respondiste. Aquel día estaba dispuesta á contártelo todo, pero creí que por razones que desconozco, habias tomado ojeriza á los Averief y no quise hablarte nada de mis propósitos, ni confiarte mi secreto.

—¡Pero si yo no tengo ojeriza á los Averief! contestó Marta con voz débil; la prueba es que mantengo muy buenas relaciones con la señora Averief.

—Sí, todo lo que tú quieras, pero tú aborreces á Miguel, y no te esfuerces en negarlo, pues es una cosa que salta á la vista, añadió Nastia con aplomo. Eso me ha producido á mí un gran disgusto, puesto que quiero mucho á Miguel, que es muy agradable y además es primo de Sergio.

—Te prometo no aborrecer á Sergio, dijo Marta haciendo un esfuerzo para reír; ya sabes que le quiero. Hablemos de él.

La paz se restableció en seguida entre las dos hermanas.

vidoras que tanto abundan; así es, que en tono muy severo le pregunté: ¿Quién es esa esposa que pides? — Nastia Milaguine, me respondió. Oh, abuelita, la adoro como un loco, ella me corresponde, no pensamos en otra cosa desde hace mucho tiempo y seremos tan felices! Déme usted abuelita, su permiso para casarme y suplique usted al señor Milaguine que no me rechaze, porque sinó moriría de pesar.

Digamos aquí que la señora Averief, en su mejor deseo, acababa de echar un pequeño embuste sobre su inmaculada conciencia. Su nieto no había nombrado tan siquiera una vez al señor Milaguine por la razón excelente de que no podía imaginar nunca que este señor pudiera estar conforme con sus deseos.

Sin embargo, esta inocente mentira no cayó en saco roto, pues el señor Milaguine, halagado por esta prueba de respeto, dijo en voz baja.

—Es un buen chico, Sergio, á pesar de todo, y por lo menos tiene respeto á la familia. ¿Y qué contestó usted, señora?

—Le hice las mismas observaciones que acaba usted de hacer ahora y muchas más; pero amigo mío, encontré un argumento que me dejó sin fuerzas y...

La voz de la abuela se alteró sensiblemente, se llevó el pañuelo á los labios é interrumpió la conversación.

—¿Que os dijo? preguntó inquieto el señor Milaguine.

—He aquí sus mismas palabras: soy muy joven para casarme, demasiado joven, ya lo sé; pero soy militar. abuelita; la carrera que he abrazado siguiendo los deseos de mi padre y los míos, es de todas las otras, la que más corresponde á un Averief. Sería feliz sucumbiendo, como mi abuelo, en el campo de batalla defendiendo mi

para con ella, y que nos tiene tanto afecto que se moriría de pena si tuviese que dejarnos

—¡Ah pobre Milaguine,—dijo la señora Averief que hasta entonces había guardado silencio, tiene usted necesidad de que se venga en su ayuda. Tal vez encontremos un medio de deshacernos de ella, aunque exija un poco de tiempo y muchas precauciones. ¿Quiere usted seguir mi consejo?

—Con mucho gusto, exclamó el señor Milaguine.

—Pues bien, Marta se hará cargo de Paulina desde el día en que usted deje su antigua casa, pues no me parece decoroso que esa mujer viva con usted en el pisito de soltero que para usted se ha preparado. Diremos á Paulina que los recién casados tendrán necesidad de ella para que dirija su casa, y que, por lo tanto, el otoño próximo irá á vivir con ellos. Y digo el otoño porque mi casa de IsarkoeSelo no es muy grande y estos chicos...

—¡Oh! abuelita, nosotros no necesitaremos mucho sitio,—interrumpió Nastia.

—Con un cuartito tenemos bastante,—dijo Sergio.

—¡todo esto está muy bien,—dijo la señora Averief sonriendo,—pero para Paulina repito que aquella casa es muy pequeña. Sería necesario poner muchas cerraduras y acolchonar muchas puertas y no vale la pena!—A Marta le reservaré una habitación para que pase todo el tiempo que quiera al lado de su hermana, y mientras tanto, Paulina se quedará guardando, durante el verano, la casa de campo de la princesa.—¿Me entienden ustedes? Llegará el mes de Octubre; Paulina vendrá á vivir aquí con los jóvenes desposados y lo demás queda de mi cuenta. Aseguro á ustedes que no tardará un mes en procurarse ella misma un medio para irse con la música á otra parte.

XXI

Cuando se trató de fijar la época para el casamiento, no podían llegar á un acuerdo.

—El próximo otoño, decía el señor Milaguine.

—Después de la cuaresma, intimaba la señora Averief, más indulgente.

—En seguida, respondió Sergio, ó me la llevo.

Por fin se convino que la boda se efectuaría á mediados de Enero.

Pablo Averief que no tardó en renovar sus buenas relaciones con su tía, no encontraba nunca el momento propicio para hablarle de su hija. De acuerdo con Miguel resolvió esperar á que se efectuase la boda de Nastia, que por lo inesperada había introducido el desorden en aquellas familias.

Los dos hermanos pasaban los días felices. Miguel había encontrado en quien depositar su cariño y adoraba á su sobrina María. Esta niña, dotada de esa inteligencia tan precoz que caracteriza á los que han sufrido antes de tiempo, tenía unas originalidades que dejaban sorprendido á Miguel; sus gracias infantiles, sus caricias y sus abandonos lo distraían á cada momento, y comprendía que su hermano hubiera recobrado la alegría y la salud en los brazos de esta niña tan inteligente.

Miguel tenía otra razón para querer á su sobrina; esta criatura era la causa inocente de su desgracia y la menor desatención, la más pequeña rudeza, le hubiera parecido una venganza inconsciente contra la pobre niña. Cuando estaba

triste se esforzaba en olvidar jugando con María y de este modo volvía la tranquilidad á su espíritu. Algunas veces le decía su sobrina: «Tío Miguel, estás triste; pero espera que te voy á contar una historia muy bonita» y entretenido con las agudezas de aquella imaginación infantil, iba poco á poco borrando de su espíritu las impresiones dolorosas para dar cabida á las alegres y jugetonas que su sobrina le proporcionaba.

De este modo pasó el otoño, y una noche en que el señor Milaguine estaba tomando el té en casa de la señora Averief, quedó profundamente sorprendido cuando le dijo Nastia que no faltaban más que dos días para su boda. El pobre señor había visto terminar todos los preparativos, había visitado la casa de los futuros esposos, había admirado el traje de novia, pero no había experimentado aún la sensación de la realidad.

—¡Cómo! ¿dentro de dos días? dijo. ¿Dentro de dos días me he de quedar sólo?

—No, papá, no, ya sabes que vivirás con nosotros. Ten un poco de paciencia mientras dura nuestro viaje de novios y después nos instalaremos todos juntos.

— Un viaje de novios' ¡en Enero! exclamó el señor Milaguine.

—¡Oh! no iremos muy lejos, contestó Nastia...

Una señal de Sergio la hizo enmudecer y cambiaron un signo de inteligencia.

El señor Milaguine no vió nada.

—¿Y Paulina? dijo. ¿Qué es lo que vamos á hacer con Paulina?

Nastia y Sergio se miraron con extrañeza; pero la señora Averief contestó;

—Creo que lo mejor que puede usted hacer es despedirla.

—Sí, respondió el señor Milaguine, eso he pensado, pero cuando le hablé de que se fuese y

la ceremonia fué brillantísima y una gran multitud rodeó á los jóvenes desposados que recibían de todos lados pruebas tangibles de cariño y simpatía. Se sirvió en casa de la señora Averief un espléndido lunch, y á las nueve, el coche de viaje de Marta, amablemente cedido á su hermana, se paró delante del portal. Sergio quiso seis caballos y muchos cascabeles. Hizo subir á Nastia en el carruaje, saltó detrás de ella y salieron para lo desconocido.

Nunca quiso decir Sergio donde proyectaba pasar los quince días que obtuvo de licencia. Todo cuanto se intentó para averiguarlo fué inútil, y un día que le preguntó su abuela acerca del particular, eludió la respuesta contentándose con decir que irían á la casa que tenía preparada para llevarse á Nastia si no hubieran consentido en casarlos.

El señor Milaguine, cumpliendo su palabra, empezó á trasladarse de vivienda. Paulina, que llegó á inspirarle un miedo horroroso, parecía multiplicarse para tenerlo siempre en su presencia. La despedía en la Serguievskaja y la encontraba en el muelle de la Corte; creía haberla dejado muy atareada con unos botes de confitura y se presentaba de pronto, en la nueva casa, con un péndulo bajo el brazo.

Esta ubicuidad llegó á inspirar al señor Milaguine una especie de terror supersticioso y al tercer día se decidió á pernoctar en su nueva casa, todavía sin ultimar, haciendo que su ayuda de cámara durmiera en la alcoba inmediata. Creía el buen hombre que sin estas precauciones, había de encontrarse una noche á Paulina, montada en la cabecera de su cama, alargándole las zapatillas.

La señorita Hopfer permaneció en la antigua casa el mayor tiempo posible. Le gustaban mu-

cho aquellas habitaciones grandes y ventiladas, aquellos salones vastos y suntuosos, su habitación, en la cual había reinado por espacio de tantos años. Dejó la casa el mismo día en que ya no quedaba ni un trapo. Cuando los porteros le dijeron: «Señorita, ya no queda más que su cama», echó á su alrededor una profunda mirada, lanzó un suspiro y salió embargada por un sentimiento de melancolía indecible...

Al franquear el portal se le ocurrió una idea, llamó al portero y, dándole un rublo, le dijo:

—Si se presentara alguien para alquilar el piso, no adquiriera usted compromiso alguno hasta que haya hablado conmigo. Conozco á una familia que se lo quedará probablemente.

Paulina creía que su celibato no duraría un mes.

Cuando llegó á casa de Marta, lo primero que hizo fué pedir las llaves á su querida princesa, pero ésta no le dió más que las del armario de la ropa blanca y la de la despensa. Los muebles particulares de la princesa le quedaron vedados.

Cuando Paulina se convenció de la imposibilidad de poder meter la nariz por todos los rincones y de escudriñar los secreteres y armarios de Marta, sintió una rabia feroz, y esa nueva ofensa fué á sumarse á las anteriores escondidas cuidadosamente en un rincón de su corazón.

Además, otra desgracia: el señor Milaguine, instalado definitivamente en su entresuelo, no parecía sentir la ausencia de Paulina. Venía á ver á su hija, sin importársele nada la salud de la institutriz, y si por casualidad se encontraba con Paulina, le dirigía una sonrisa muy amable y le hablaba del próximo deshielo ó del estado de la atmósfera.

No era eso lo que había soñado la ambiciosa y al ver que esta presa se le escapaba, se sintió poseída de un odio inexorable contra Marta.

—¿Paulina se iría? ¡Paulina!—dijo el señor Milaguine.

—Si señor, sí, repitió la señora Averief elevando la voz; usted es un hombre excelente y cualquier mujer que se lo proponga hará de usted lo que quiera, por aquello de ser mujer y de poder usar las lágrimas á voluntad; pero vuestra Paulina no vale ni tan siquiera la cuerda con que la han de sujetar un día ú otro, y acuérdesese usted de lo que le dice Prascovia Petrovna, que no suele equivocarse.

—¿Que os han podido decir?—balbuceó el infortunado Milaguine.

—Nada; pero vengo observando sus actos desde... desde hace mucho tiempo y yo sé lo que me digo.

—¿Pero qué ha hecho?—murmuró el señor Milaguine vencido por el peso de esta convicción.

—¿Qué ha hecho? Pues muy sencillo; pretende casarse con usted.

Sergio y Nastia, lanzando una carcajada, se dejaron caer en un sofá, de tan ridícula como les pareció la afirmación de su abuela, y Milaguine, absorto, contemplaba á la señora Averief como para convencerse de que estaba en su pleno juicio.

—¿Casarse conmigo?

—Si señor, y probablemente lo hubiera conseguido á no mediar yo; contestó la señora Averief implacable.

—¿Conseguido? yo os aseguro que nó,—dijo el señor Milaguine con energía.

—Y yo os aseguro que sí, á pesar de vuestra protesta, replicó la señora Averief. Usted vé que no ha encontrado medio para deshacerse de ella, y es que esa mujer es de la madera de esas plantas que echan profundas raíces en donde se las siembra y no hay fuerza humana

que las arranque. Pero yo sé el modo de quitarla de enmedio.

—¿Y será necesario que la conserve á mi lado hasta que mude de habitación?—dijo Milaguine inquieto ya por lo que había oído

—Sí, esto será lo más conveniente, contestó la señora Averief que había recobrado su buen humor, puesto que nada os impide hacer el traslado al día siguiente de la boda.

—¡Aprobado! Empezaré la mudanza mañana mismo. ¿De modo que tú te encargas de ella, no es eso Marta?

—¡Puesto que es necesario!—respondió ésta alzando los hombros.

—A aquella misma hora, estaba Paulina encargando con la imaginación su traje de novia á la mejor modista de San Petersburgo. Cuando el señor Milaguine le comunicó sus propósitos, no despegó los labios.

—¡Imbéciles!—se decía con esa desenvoltura que caracterizaba sus actos. No saben que me hacen el caldo gordo. Este pobre hombre no podrá estar solo ni ocho días y vendrá á buscarme á casa de su querida princesa.

—¡Señora Milaguine! ¡Qué buen efecto hará esta inscripción en mis tarjetas de visita!

XXII

La boda se celebró el día fijado á las seis de la tarde. Como todos los casamientos de gente rica,

—¿Usted que es tan severa, tan rígida en el cumplimiento del deber, acoge con tanta bondad?...

—Tu mismo lo has dicho, es una inocente. La única condición que impongo es que esa niña ignore hasta que se case y después, si es posible, que su madre no estaba casada. No es necesario que una niña pueda atreverse á juzgar á su madre, aun cuando ésta haya pecado ante su conciencia.

—Ante el mundo, sí, tía; pero ante su conciencia, jamás dijo Pablo. Era...

—Una mujer honrada ¿verdad? Tanto mejor; pero no hablemos más de este asunto. Tráeme á tu hija cuando quieras; es una Averief, y todo lo demás lo he olvidado.

Se estaba por aquel entonces en pleno invierno y pasaron muchos días antes de que Pablo se atreviera á sacar á su hija. Sin embargo, el día en que expiraba la licencia de Sergio, se decidió á hacerlo, pues no quería presentar su hija á los recién casados, curiosos como niños, y los cuales debían llegar aquella noche.

Marta, que había ido á pasar el día con la señora Averief, se encontraba sentada enfrente de la puerta cuando un criado anunció á Pablo Averief y su hija. Creyendo que era un error de nombre, se inclinó sobre los brazos de la butaca y miró á la puerta.

La niña entró con mucha timidez, llevada de la mano por su padre, que la animaba por lo bajo. De este modo atravesó el salón y al llegar enfrente de las dos señoras se quedó parada y confusa.

—Vamos, dijo el padre, ves á abrazar á tu tía.

María ya estaba prevenida, pero no esperaba encontrarse con dos señoras en vez de una. Dudó un momento, miró los semblantes de aquellas da-

mas y atraída por los cabellos negros y los brillantes ojos de la princesa, se adelantó hacia ella, puso una de sus manos entre las de Marta y le presentó sus frescas mejillas.

Marta, inmóvil, la dejó hacer; la abrazó maquinalmente, como si estuviese en un sueño, y la siguió con la mirada, mientras que, conducida por Pablo, fué á excusarse ante la señora Averief.

Los cabellos rizados, la forma de sus ojos y el óvalo de su semblante eran de Miguel; pero los labios y la barba reproducían exactamente la fisonomía de Pablo.

Miró por largo espacio de tiempo al padre y á la hija, y después quedó sumida en una meditación profunda. Con la mirada vaga y apoyada la barba en la palma de la mano, vió reproducida ante su imaginación aquella sonrisa falsa y obsequiosa de Paulina en el día de su cumpleaños. Intentó distraerse y dirigiéndose á Pablo le preguntó, sin emoción aparente:

—¿Esta niña es vuestra?

—Sí, princesa, respondió Pablo con orgullo.

—¿La educa usted mismo? Es lindísima y os felicito. ¿Ha estado con usted en el extranjero?

—Ya lo creo.

—Pero es rusa de nacimiento á lo que parece, porque habla muy bien el ruso...

Pablo comprendió que esta pregunta no era ni un cumplido de cortesía, ni una averiguación indirecta. Midió el alcance de sus respuestas y se propuso decir la verdad.

—Nació en Rusia antes de mi salida.

—¿Y la ha llevado usted de viaje, tan pequeña? ¿No ha tenido usted miedo á las fatigas del viaje?

—No, princesa. Mi hermano Miguel me la trajo cuando perdió á su madre; en el mes de Mayo hará dos años.

Detestaba á todos los Milaguines, que, según decía ella, eran unos ingratos (olvidando la donación de seis mil rublos que le hizo Nastia el día de su boda) pero Marta era la que ocupaba el primer lugar en su aborrecimiento.

¿No era Marta la mujer por la cual le había traicionado Miguel? Sí, ¡traicionado! Porque Paulina estaba convencida de que Miguel la amaba al en principio, arrebatándole ese cariño las coquetías de Marta. Y además, la princesa aprovechaba cualquier ocasión para decir á todo el mundo que Paulina no era en su casa más que una especie de comensal, un vasallo, sin derecho á hacer el té ni el café, y á quien se le daba de comer por caridad.

De cualquier modo, la señorita Hopfer era injusta con el destino; si Marta la hubiera hecho su absoluta ama de llaves, esta señorita de confianza hubiera tenido demasiadas ocupaciones para poder estudiar, á su gusto, el mecanismo de dos seres cuya existencia se desarrollaba ante ella sin confundirse.

El príncipe era feliz. Se levantaba tarde; tenía buen humor y un gran apetito á la hora de almorzar; hablaba cinco minutos con su mujer; tomaba nota de sus encargos—hubiera sido injusto acusarlo de indiferente, pues nadie se prestaba con tanto gusto como él á escoger una tela ó á comprar un bibelot;—salía, volviendo para comer á las seis de la tarde, exceptuando los días de Club, y luego se marchaba otra vez desapareciendo hasta el día siguiente.

Paulina, que se había informado de algunos detalles, no ignoraba que el corredor que ponía en comunicación la alcoba del príncipe con la de su mujer estaba cerrado por ambos lados.

Desde hacía mucho tiempo tenía Paulina formada su opinión de Oghérof, pero Marta permanecía para ella siendo un misterio. Entraba de

improvisó en su alcoba, en su tocador ó en su gabinete, y siempre encontraba á la princesa leyendo, bordando ó escribiendo una carta que entregaba á Paulina para que ésta á su vez ordenara se llevara á destino; pero hecho todo esto con tal naturalidad que Paulina hubiera dado uno de sus ojos con tal de encontrar el defecto secreto que hiciera desmerecer á aquel brillante.

Algunos días después del casamiento de Sergio, Pablo Averief fué á ver á su tía y la encontró completamente sola, contra la costumbre. Al sentarse, notó que la mirada de la señora Averief parecía precisa é interrogadora, y pensó que la ocasión era oportuna para hablarle de su secreto.

—Tía, le dijo, tiene usted ante sí un gran pecador.

—¿De verdad, sobrino? Pues el Señor ha dicho que con todo pecador hay que ser misericordioso. Confíesate.

—Me da usted valor. Pero cuando lo sepa, tal vez sea menos indulgente.

—Habla, ya veremos.

—Pues bien, voy derecho al asunto. He cometido una locura de la juventud, de la cual me arrepentiré toda la vida, y me ha quedado una hija. La estoy educando, quiero darle un nombre y es por ella, más que por nada, por lo que le pido perdón para el culpable.

—¿Vive la madre? preguntó la señora Averief con la mayor tranquilidad del mundo.

—No existe.

—¿Esa niña es la que Miguel te llevó á Menton hace dieciocho ó veinte meses?

—Sí, tía.

—Pues bien, puedes traerla.

Pablo besó con ternura, con adoración, la mano que le tendió la abuela.

Marta se recostó suavemente en la butaca, pero venciendo un momentáneo desvanecimiento, llamó á la niña y dijo:

—Es muy bonita.

Y levantándola en sus brazos, la estrechó contra su pecho y le besó la cabeza. Una lágrima rodó por los cabellos de la niña.

La señora Averief hizo un movimiento. Hacía rato que seguía con interés esta escena y se sentía impotente para evitar una declaración.

—Perdóneme usted, dijo la princesa dirigiéndose á Pablo y dejando en libertad á la niña; ¡como no tengo ningún hijo! añadió bajando la cabeza para ocultar su rubor.

Marta acababa de mentir.

La señora Averief respiró; por esta vez quedó evitado el peligro. Decididamente Marta era una mujer heroica que se sabía guardar el respeto á sí misma en circunstancias difíciles. Así es, que cuando se fué Pablo con su hija, entendió que no podía disimular por más tiempo, y tendiendo los brazos á Marta la atrajo hácia sí y las dos rompieron á llorar silenciosamente.

Al cabo de un rato, dijo la señora Averief.

—Hágase la voluntad de Dios, ¿verdad, hija mía?

—Así sea, respondió Marta.

Aquel día se le quitó á la princesa un peso enorme, y quedó su alma libre de las cadenas que la aprisionaban. En el secreto de su conciencia. Miguel Averief era digno de su cariño.